

# Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA  
ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

DIRECTOR :  
**TOMAS CADAVID RESTREPO**

Agente General:  
**CARLOS A. MOLINA**  
Secretario de la Corporación.

## CONTENIDO

	Págs.
Estudios Históricos, <i>Antonio Gómez Restrepo</i> .....	83
Avalúo y remate de las tierras de Medellín, <i>Tomás Cadavid Restrepo</i> .....	88
Páginas de una vida, <i>Francisco de P. Pérez</i> .....	90
25 años a través del Estado de Antioquia, <i>Estanislao Gómez Barrientos</i> .....	102
Títulos de las Capillas que fueron expedidos en tiempo de la Colonia en la Provincia de Antioquia, <i>Juan de la C. Congote</i> .....	145
Un Prócer, <i>Guillermo Jaramillo Btos</i> .....	155
El Congreso Bolivariano y la Liga de las Naciones, <i>Alfonso Uribe Misas</i> .....	159
Congreso de Panamá, <i>J. Restrepo Laverde</i> .....	162
Documentos relativos al Congreso de Panamá.....	164
Historia del periodismo en Colombia, <i>Bernardo Puerta G</i> .....	188
Proposición .....	190
Notas, <i>T. C. R.</i> .....	191



**Libertador SIMON BOLIVAR**

# Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

---

Director, **TOMAS CADAVID RESTREPO**  
Presidente de la Academia.

AGENTE: CARLOS A MOLINA, SECRETARIO DE LA ACADEMIA

---

AÑO 8º || MEDELLÍN, JULIO DE 1926. || Ns. 6 y 7

---

## ESTUDIOS HISTORICOS

Entre los libros colombianos publicados en el año que terminó, sobresale el titulado "Estudios Históricos", de que es autor D. Raimundo Rivas, nuestro Ministro en Caracas.

El Sr. Rivas desempeña con la inteligencia y discreción que le son características, las delicadas y honrosas funciones que le están encomendadas, y cumple los deberes sociales propios de su posición diplomática; pero no olvida por esto el cultivo de los estudios históricos y literarios, que han sido el encanto de su vida y a los cuales debe el puesto eminente que ocupa en la intelectualidad colombiana. Muestra de ello es el libro a que hemos hecho referencia.

Rivas es de los pocos colombianos que pudiendo hacer una fácil y brillante carrera política, ha preferido servir a la patria en el ramo de relaciones exteriores, consagrado su juventud al estudio silencioso de los archivos. Si de allí ha salido para ocupar un alto puesto diplomático, esto se debe a lo excepcional de sus merecimientos; y es un hecho que honra tanto al agraciado como al Gobierno que lo nombró sin tener en cuenta compromisos políticos ni consideraciones distintas del interés por el buen servicio público.

Los tres libros que lleva publicados Rivas demuestran su definitiva orientación intelectual y caracterizan perfectamente su personalidad como investigador y como

artista. Esos libros están compuestos con trabajos de primera mano; que revelan un estudio paciente y escrupuloso de los documentos; una grande escrupulosidad en la fijación de nombres y de fechas; un celo laudable por no dejar sin comprobación hecho ninguno de los que se relatan en nuestras crónicas y libros de historia; una rara compenetración con el espíritu de los tiempos pasados. A estas dotes de investigador y de erudito, tanto más preciosas cuanto más escasas en estos países en donde prospera la fácil improvisación, une Rivas un talento generalizador, que le permite buscar la filosofía de los acontecimientos y hallar bajo la confusa trama de los incidentes, la idea generadora, la influencia directriz. Vese esto, por ejemplo, en el libro sobre las relaciones de nuestro país con los Estados Unidos en los cincuenta primeros años de vida independiente, en donde el autor pone de manifiesto el desarrollo lógico del pensamiento que condujo a nuestra diplomacia a la firma del célebre tratado de 1846 con la gran República del Norte.

No se ha confinado Rivas en un período determinado de nuestra historia. En sus estudios ha abarcado la Colonia, la Independencia, la República. Descendiente de familias linajudas que ostentaron bajo la monarquía nobiliarias ejecutorias, no podía dejar de mirar con simpatía la gesta heroica de la Conquista, ni la vida de apariencias ostentosas, de incidentes novelescos, de religiosidad ardiente y de reconcentradas pasiones que se desarrolló en el ambiente apacible en la apariencia, monótono y uniforme de la Colonia. Ligado también por lazos de familia con personajes que desempeñaron papel brillante en la guerra magna, admirador ferviente del genio de Bolívar y de los hechos heroicos de los próceres de la emancipación, se ha sentido atraído por el resplandor único de ese período, en que la savia creadora se difundió por todo el continente americano. Ciudadano de una república, a la cual ha servido él, siguiendo el ejemplo de sus antecesores y parientes, ha estudiado el origen y desarrollo de los partidos políticos y la historia de sus hombres eminentes, que han marcado su huella en la marcha del país y han influido en la dirección de las ideas. Y en este punto, ha aplicado un criterio que por nuestra parte hemos defendido siempre como el más conforme con la justicia, con

el honor patrio y con la dignidad de la historia, y es el juzgar a los hombres públicos de otros tiempos, haciendo abstracción de las pasiones del presente y teniendo en cuenta las obligaciones que impone el respeto a la majestad de la muerte. Es cierto que la influencia de los hombres no siempre termina con su carrera mortal; y que ya sea ella benéfica o nefasta, suele prolongarse, a veces al través de los siglos; pero aun esos individuos que parecen contemporáneos de todas las generaciones, se van alejando de nosotros a medida que los problemas que ellos trataron se plantean de manera diferente y los asuntos candentes que excitaron su amor y su odio, pierden la parte de actualidad que despertó el interés de los contemporáneos.

Hay varias maneras de escribir la historia: una, que abre el campo a la imaginación, madre de la leyenda, y repite las consejas tradicionales sin procurar confrontarlas con los documentos auténticos; otra, que quiere dar a la historia la precisión y el rigor de métodos de las ciencias positivas. El primer sistema confiere al historiador algunos de los privilegios del novelista; el segundo, quiere privar a la historia de todo elemento artístico. Están a la vista los defectos de uno y otro procedimiento. Se puede mezclar la ficción con la realidad; pero quien esto hace, no es un historiador, sino un novelista, que interpreta sucesos históricos a la manera de Walter Scott. Se puede también reducir la historia a una exposición analítica de documentos; pero quien esto hace, es un erudito, un anticuario, mas no puede aspirar al noble título de historiador, que no corresponde sino a los que, sobre las bases de una investigación sólida, de un estudio científico de los documentos, saben levantar un edificio artístico, haciendo circular un soplo de vida por entre las polvorientas e inanimadas hojas de los archivos.

Rivas es un investigador escrupuloso, que sabe el valor del documento original, del dato auténtico. Aun cuando escritor y artista, nunca se ha dejado arrastrar por la imaginación, ni ha dicho ni afirmado más que aquello que los documentos permiten afirmar. No repetirá él la paradoja de Alejandro Dumas en **Montecristo**: "el hecho resultó cierto, a pesar de que lo refiere la historia". Y no se arredra al considerar que no siempre

los resultados corresponden a la magnitud y aspereza de las investigaciones. La humilde verdad le parece más atractiva que la orgullosa ficción. Las monografías, muchas de ellas breves, contenidas en el volumen consagrado a los fundadores de Bogotá, representan un trabajo inmenso, que quizás no aprecien en todo su valor los que recorran con ojos distraídos esas páginas, nutridas de datos de primera mano.

Pero Rivas no ignora que en el relato histórico nada interesa tanto como el estudio de las figuras humanas. Aquí es donde el historiador de raza puede lucir sus cualidades; y equipararse, llegado el caso, con los grandes artistas. El retrato histórico es una de las cumbres del arte literario; y sabido es que algunos de Tácito han sido comparados con los que han creado los máximos poetas trágicos.

En la obra de Rivas abundan los retratos, la interpretación psicológica de grandes personajes de nuestra historia. Puede uno apartarse de algunos de sus puntos de vista; formar acerca de tales individuos un concepto político distinto del suyo; pero no desconocer la penetración y agilidad de su juicio, el honrado deseo de acertar en la apreciación de los móviles que a ellos los guiaron en sus actos públicos.

En el volumen que estudiamos aparecen también algunas figuras de mujeres rodeadas con la aureola que ciñó la leyenda en torno de sus frentes; pero colocadas dentro del terreno de la documentación estrictamente histórica. Son personas de diversa condición social; de cualidades morales de muy distintos quilates; pero que despiertan el interés por las circunstancias de su vida o por el nombre que llevaron: la rica Encomendera de Bogotá, doña Jerónima de Orrego y Olalla; la pobre pecadora arrepentida, María Lugarda Ospina, cuyo nombre está indisolublemente unido al de uno de los más ilustres y románticos personajes de la Colonia, el Virrey fraile D. José Solís; la hija del gran Zea, a quien cobija algo del fulgor deslumbrante de la carrera del ilustre vicepresidente de la Gran Colombia. En derredor de la figura de la Encomendera, traza Rivas un amplio cuadro histórico tan novelesco como la más interesante ficción de un alumno de Walter Scott; pero tan efectivo como todo lo que puede comprobarse con una documentación

auténtica. Es un episodio que arroja abundante luz sobre las condiciones en que se desenvolvió la vida de esta retirada Colonia; y en que se enlaza una historia íntima de amores, de celos, con acontecimientos de mayor trascendencia, que influyeron en la marcha de los asuntos públicos y turbaron la tranquilidad de la vida santafereña.

Respecto de la concepción estética de la historia, profesó Rivas la teoría que expone en un elocuente párrafo que copiamos como muestra del elegante estilo y del alto pensamiento del joven escritor.

“Sepamos ser poetas y dramaturgos al narrar la legendaria empresa de la Conquista y el incendio de sangre y gloria que fué la Independencia. Con asombrosa exactitud de detalles y riguroso método científico, Henry Houssaye ha sabido darnos, en sobrios y grandiosos brochazos de consumado pintor, al descubrir la abdicación de Fontainebleau o la tarde de Waterloo, el estremecimiento que la trompa épica del viejo Hugo nos produce al cantar esos mismos temas. Páginas hay en Macaulay, verbi gracia, el juicio de Warren Hastings, en Michelet, cuando nos pinta la roja lucha entre católicos y hugonotes, que desgarró la Francia de Carlos IX; en Taine, al ponernos delante de las escenas tormentosas de la orgía revolucionaria, que instintivamente nos hacen recordar los dramas de Shakespeare o de Calderón. Así como un perfume o una música se asocian en nuestra mente a una impresión determinada; pasajes hay en los grandes maestros de la historia que por un oscuro proceso intelectual despiertan en nosotros la misma emoción y nos sugieren los mismos pensamientos que una obra poética. De mí sé decir que, por ejemplo, nunca he podido leer las páginas en que Ferrero nos habla de aquel árbol frutal que quedó en Italia como único vestigio de las grandes conquistas que realizara Luculo, sin que a mi memoria vengan los versos de Rodrigo Caro, cuando al llorar las ruinas de Itálica traza en no superada inspiración, la caída inevitable del grande Imperio romano”.

Quien así piensa y siente, está llamado a ejecutar una grande obra histórica. Cuando Rivas realice el propósito que desde hace años acaricia y para el cual acumula pacientemente los necesarios materiales, de escribir la vida de Gonzalo Jiménez de Quesada, veremos puesto en práctica el magnífico programa del autor, en

una obra que a la exactitud documental, unirá el elemento pintoresco, la emoción artística del que sabe revivir las edades muertas y hace surgir de la tumba las figuras del pasado, revistiendo de carne los áridos huesos.

Libros como los "Estudios Históricos" honran a Colombia.

**Antonio Gómez Restrepo**

## AVALUO Y REMATE

### DE LAS TIERRAS DE MEDELLIN

Por Cédula fechada en Madrid el 22 de noviembre de 1674 por doña Mariana de Austria, fué creada la Villa de Medellín. Había solamente 280 dueños de casas; la distancia que había del Valle de Aburrá a la ciudad de Antioquia eran 14 leguas. Se le señalaron como jurisdicción y término todo el Valle y Abra: "Desde los nacimientos de dichos ríos hasta donde entra el de Porce de una banda y otra hasta la cumbre. El 17 de noviembre de 1675 el señor Miguel de Aguinaga, Gobernador y Comandante General de la Provincia, les dió posesión de la nueva Villa y de los cargos de ella, a los Capitulares y Regidores, los que estaban presentes de conformidad con sus títulos, y eran Pedro de Zelada, Alférez Real; el Capitán Marcos de Rivera y Guzmán, Provincial de la Santa Hermandad; el Alférez, Alonso López de Restrepo; Regidor, Roque González de Fresneda, a los cuales les dió posesión en nombre del Rey, e hizo poner un madero por rollo, clavado en medio de la plaza y les recibió el juramento del caso, los cuales prometieron usar bien y fielmente dichos oficios, cumpliendo todas las Leyes, Ordenanzas y Cédulas Reales. Por Cédula fechada en Madrid el 31 de marzo de 1678, le fué concedido el título a la Villa de Medellín y con el glorioso nombre de "Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín", y aprobada su fundación. Por Decreto dado el 18 de febrero de 1678 por el Gobernador Miguel de Aguinaga fueron nombrados los señores Capitán Juan Jaramillo, Alguacil Mayor, y Andrés Monroy, avaluadores de las tierras donde se había erigido la Villa de Medellín, y por no haber aceptado